

EL PARAÍSO DE LAS ISLAS

Cuentos del paraíso de las islas

18-01

DEL MOVIMIENTO A LA MOVIDA

Presentación de J.B.

Emilio Sola

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: Archivo, Galeatus, El paraíso de las islas

Fecha de Publicación: 06-04-2010, 02-06-2012, 11/01/2026 y
26/08/2026

Número de páginas: 7

I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

Cuentos del paraíso de las islas, 18-01

DEL MOVIMIENTO A LA MOVIDA

PRESENTACIÓN

DEL MOVIMIENTO A LA MOVIDA NONOVELA AZAROSA Y REFRACTARIA

“Yo sé quién soy” – dijo don Quijote. Iluso.

PRESENTACIÓN DE J.B.

1

¿Qué quiere decir *Del Movimiento a la Movida*? En realidad, nada o casi nada. Es una formulación retórica, puro sobrentendido. *Movimiento* quería decir o se refería a la organización política pre-democrática durante la dictadura franquista en España (1939-1975); se decía *Movimiento Nacional* y era considerado como un *partido único* antes de la legalización de los partidos políticos en el periodo que se llamó *Transición* – sobrentendiendo que era una transición desde una dictadura político-militar de Franco hacia una monarquía parlamentaria de corte democrático. Un horror de palabras. El *Movimiento Nacional* desapareció con la legalización de los partidos políticos de Adolfo Suárez, su último secretario general, cuando era presidente del gobierno, ya con el rey J.C. Borbón como jefe de estado post-franquista.

La *Movida* es el nombre que se da, en principio, a la eclosión, durante la llamada *Transición*, de la cultura popular en Madrid – en principio se difundió la expresión *movida madrileña* -, que transformó también las artes plásticas, la literatura y la música, así como a la ciudad misma y los usos y costumbres de sus nuevas gentes.

Pero al margen de ese modelo expositivo plagado de sobreentendidos, despojando a *Movimiento* y a *Movida* de su mayúscula, de su historicidad misma, mantiene un sentido la expresión como posible descriptor de un fenómeno cultural global. De un movimiento pautado o dirigido o muy controlado, a una movida más incontrolada e incontrolable, más azarosa y libre, pluridireccional. Un fenómeno anómico, por ejemplo. El *Cambio*, otra palabra muy de época.

Hay momentos en los que Uno siente que lo desborda su tiempo.
Eso es: materialmente
Uno se siente desbordado por los hilos de la trama narrativa,
por el orden mismo de los tiempos, los diferentes tiempos.

Quisiera comenzar también con una constatación clara: estoy muy satisfecho de mi propia biografía. Es un dato objetivo: es así. El problema está en saber narrarla, en “historiarla”. Y a ser posible desde afuera, por alguien completamente ajeno. “Mi otro yo que tanto amé y me falta”.



Para iniciar algo valioso –un texto de valía, aquí –, Uno debe reconocer o conocer sus propios límites. Los límites de un posible laberinto. Diagramación. Tesela a tesela de mosaico. Diagramar un orden de los tiempos.

Una generación bellísima que alcanzó la plenitud en el desastre. Unos maestros verdaderos. Casi todos más jóvenes. Para mí. A ellos está dedicado este esfuerzo, y podría enumerarlos.

Tal vez sea el desprestigio de unos argumentos de autoridad fuertes – dogmatizadores o dogmáticos – el generador de un estado de carencia o hueco capaz de provocar la emergencia de puertas abiertas a la libertad. Así, genérico y ambiguo: libertad. La captación como falsedades interesadas de algunos de los principales argumentos fuertes de autoridad, puede producir una verdadera liberación intelectual –y sentimental, parejas para mayor impacto –, un verdadero revolcón total, hasta físico. Puro goce. Y todo ello, a la vez, con mucha mayor intensidad, en el momento en el que comienza a aparecer con claridad el lenguaje trucado: cuando hasta el lenguaje se podía captar que estaba o se mostraba equivocado.

Es casi imposible estructurar una narración ordenada de los tiempos con tan continuas y radicales interferencias. Ante un lenguaje equivocado para describir la realidad y el mundo todo, el inicio mismo de la narración se hacía casi imposible. Era una de las entradas en el laberinto. Laberinto a recorrer para intentar diagramar modelos de proyectos y comportamientos. Diseños o designios. Modelos del pasado y su devenir. Modelos de narración.

2

Pero un texto así no tiene salida. Se enrosca sobre sí mismo hasta no poder respirar siquiera, hasta la asfixia. Parece, incluso, llegar a una formulación irónica al contraponer *movimiento* – el *Movimiento*, con tanta resonancia fascista – a la *movida*, caricatura. Cuando la idea inicial parece seguir siendo operativa. Son un sinnúmero los ensayos de relatos de la *transición* –del *cambio* – en clave de “curas, políticos y militares”, por decirlo pronto y bien. O mal. En los que alguien o muchos pueden no reconocer ni reconocerse: “Yo no estoy ahí”. Relatos que son discursos, con frecuencia interesados, de los que desaparece el tiempo real, la realidad.

Otro intento es preciso, pues. Para mí –siempre un raro o vago Yo presidiendo todo –, la *transición* del *movimiento* a la *movida* fue un *espectáculo* presenciado o vivido desde dos escenarios o lugares muy concretos: las aulas universitarias madrileño-complutenses y un bar. Digo un bar y podría decir muchos bares o lugares de alterne – con muchas de las connotaciones erótico-festivas o vitales que encerró luego el que llamaron bar de alterne-, aunque predominantemente fue un bar en la calle madrileña de la Libertad, todo bien simbólico.

En ambos escenarios –Universidad y Bares –, “curas, políticos y militares” estaban al menos aparentemente ausentes. Los curas, desde obispos a curas obreros, no andaban por allí. Los políticos eran aún prepolíticos oficiales, más militantes clandestinos que otra cosa, a veces manifestantes, aún en el armario, podía decirse, por mal vistos por el moribundo *movimiento*. Lo mismo pasaba con los militares, si no eran los reclutas o soldados –más bien poco militares ellos – o la pesadita policía, puro camuflaje, otra manera de estar en el armario a la espera de.

Ya se puede precisar una jerga para entendernos: transición del movimiento / franquismo a la movida político – cultural desde las aulas y los bares, y con curas, políticos y militares entrando y saliendo de los armarios, tramando y destramando, sólo

desde la sombra presentes en el tiempo cotidiano de aulas y bares, verdadero escenario de la vida o qué. Ahí quisiera llegar.

Habría que poner algo de orden en este magma o caos. Comencemos por las aulas de la Universidad. Advirtiéndolo que me aproximo a ellas con un punto de vista que sólo a posteriori fui capaz de captar como absolutamente naïf.

3

Para comenzar a poner orden, lo primero que hay que hacer es presentar al narrador mismo de ese ensayo de poner en orden los tiempos –los muy diferentes tiempos, pues ya se sabe que no son los tiempos unos –, el narrador de una narración o relato *Del Movimiento a la Movida*. Un narrador que está en la Universidad –en este caso la Universidad Complutense y la Universidad Autónoma, dos universidades, las dos de Madrid – y que anda por los bares, en este caso los bares de Madrid y, en concreto, la *Vaquería de la Calle de la Libertad*.

Ese autor o narrador –punto de vista, Rico –, no puede ser otro que J.B.

Comencemos, pues, por intentar explicar el nombre mismo de este autor J.B., el emblema o hasta paradigma narrativo que se puede pensar qué encierra. Un amigo mío dijo: “Eso es el nombre de un güisqui”. Así, como suena, la marca de un güisqui – whisky, para abreviar – que parece un nombre normal, como seudónimo, para un frecuentador de bares. Pudiera ser coherente o verosímil como alias, y por lo tanto válido para apuntar posibilidades y probabilidades, con lo que se puede integrar en la dimensión simbólica de ese nombre adoptado –todos los nombres, a la larga, lo son: adoptados –, pero no lo explica por sí mismo en absoluto. Sólo uno de sus perfiles, el alcohólico, normal en un habitual de los bares, y más en la Madrid o España de esa “transición” que se pretende evocar.

Es el caso que J.B. es la abreviación de un nombre más largo, y abreviatura compleja por muchas razones que por ahora no conviene explicar para no liar más la maraña del laberinto. El nombre completo del autor o personaje de la narración, J.B., es Boris Juan Bravo Gudunov, un nombre largo, como era muy habitual en esos años. Durante mucho tiempo, para abreviar, había usado sólo la parte central del nombre, Juan Bravo, y de ahí vienen las siglas J.B. con las que le designaremos aquí o él mismo se designará. “¿Y qué tiene que ver el nombre con aquel comunero de principios del XVI que se rebeló contra su rey Carlos V?”, me insiste el amigo, que parece que se quiere ensañar con un nombre que, como casi todos los nombres, es azaroso, aunque siga unas reglas establecidas. “Pues tiene tanto que ver, amigo, como con el J.B. como marca de whisky. Otro de sus perfiles simbólicos, y nada más”.

J.B. también había comenzado a usar las otras partes de su nombre como seudónimo, en ocasiones Boris y en ocasiones Gudunov, y aquí el amigo –astur-moldavo por más señas, existe gente así – también vio la necesidad de buscar valores simbólicos, y le recordó que en la cultura rusa ese nombre también tenía connotaciones específicas, pues el tal Gudunov había sido zar impostor de principios del XVII, de final trágico y

causante a su vez de tragedias y desgracias. Pero J.B., ya, cortó por lo sano. “Sincretismos azarosos, querido”. Y ya no se habló más de ello.

El protagonista y narrador de la transición *Del Movimiento a la Movida* será, por lo tanto, J.B., un joven veinteañero profesor no numerario, como se decía –PNN, por eso de las siglas – de la Universidad de Madrid. Un profesor de historia, por más señas, joven y entusiasta, que había llegado a la ciudad en 1968, como tantos otros jóvenes hispanos del momento, en confirmación de un viejo tópico histórico que hacía de Madrid capital de las Españas y centro de atracción –hoy habría que pensar más en términos de intersticio de nomadeo – que la convertían en la ciudad en la que sus vecinos eran en una gran mayoría forasteros.

En el caso de J.B., procedía de una de las Españas más tradicional y rural, la llamada Asturias de Covadonga, vecina a la Asturias de Santillana y a las Asturias de Oviedo. La cuna de aquel *Estado Cristiano* medieval que en la *España Nacional Católica Franquista* era considerado esencia principal de las esencias nacionales que convertía a todos en una unidad de destino en lo universal, una especie de globalización particular en la jerga de entonces; algo místico. Esas maneras retóricas de decir que hoy pudieran hasta provocarnos la risa, pero que podían exasperar entonces por el contumaz bombardeo en todos los discursos oficiales del franquismo. Aquella realidad –era uno de los perfiles más vistosos de la realidad narrable – se manifestaba en un dicho asturiano, como emblema o lema, que J.B. conocía desde niño pequeño, guasón y con retranca como todo lo asturiano, que rezaba: “Asturias es España y lo demás tierra conquistada a los moros”. El colmo del mito cristiano-viejo, casi a lo vascón, sólo soportable racionalmente como humorada. Humorada guasona, *campoamoriana*, y hasta cruel o *alvarezcasquera* por usar un neologismo que sólo años atrás a cuando esto se escribe podría entenderse de alguna manera, siempre chusca. Derivaciones y laberintos que habrá que evitar, en lo sucesivo, si se quiere encarrilar este ensayo de relato ordenado.

El desembarco de J.B. en la Complutense de Madrid en el curso 1968-1969, inicio de este ensayo de relato, vino precedido por un verdadero nomadeo por instituciones universitarias hispanas que lo llevaron de Asturias a Barcelona, Pamplona, Valladolid, Sevilla y, finalmente, Madrid. Un nomadeo que, por otra parte, había de seguir después –tras los hechos y devenires que se van a narrar aquí – y que habían de convertir a Madrid en uno de los intersticios de ese nomadeo que resulta ser la vida, en este caso de J.B.; eso sí, en su intersticio principal que había de convertirse a la larga –todo esto está escrito en Madrid – en lugar de apalanque final, como se llegó a decir.

4

J.B. era, pues, un recién veinteañero norteño llegado a Madrid en el famoso 1968 con un bagaje cultural y vital aún cortito, pero de rara intensidad y –lo supo luego, ya se sabe que el hombre es el único viviente, por no decir animal, capaz de historiarse a sí mismo –, de alguna manera, arquetípico en la España nacional católica franquista que le tocó – siempre el azar llamando a las puertas de la vida – vivir. Ya se sabe, también, que vivir siempre es mortal, y que “sólo se vive una vez”, como nos recordó a todos el J.L.

Gallero, buen amigo y colega –aunque mucho más joven, una eternidad completa – de J.B.

En esos momentos –1968, recién veinteañero – J.B. era una especie de tabula rasa dispuesta a recibir la impronta de la gran ciudad del interior, semi-esteparia, emocionantísima y hasta alegre y divertida.

Continuará este ensayo de nonovela con un Tramo I narrativo: “¿Y de dónde venía J.B.?: Universidades y prodigios”.